

*Lección y sentido de Antonio Nicolás Briceño**

Mario Briceño-Iragorry

SOBRE tu diminuta humanidad ha recaído, ¡oh mi querido nieto Antonio Nicolás!, el peso tremendo del nombre de un Briceño desgraciado. Pensaron tus padres revivir en ti el recuerdo de algunos de los abuelos distantes. Se intentó llamarte Sancho, como el viejo conquistador que llevó de España a nuestra Patria la semilla del linaje. Se honraba a la vez en esa forma al Sargento Mayor del mismo nombre, hecho célebre por sus luchas contra los corsarios que infestaban el Lago de Maracaybo y meritorio en nuestra estirpe por haber impuesto sobre el legítimo apellido de La Bastida, el antiguo apelativo Briceño. Si el viejo Sancho ilustró su nombre en la hazaña conquistadora y en el ejercicio de encumbradas funciones civiles, el Sargento Mayor, como por antonomasia fue llamado el segundo, ganó ribetes de benemerencia por razón del empeño que puso en defender a la patria nueva de la voraz rapiña de los apíses que atacaban la integridad de la España ultramarina. Se pensó, también llamarte *Sancho Antonio*, en memoria del abuelo Alcalde, que en 1786 dió carácter público a la primera escuela de la ciudad de Trujillo, destinada a la enseñanza de niños blancos y plebeyos. En la serie de los Sanchos venían alternando como segundo nombre los de Antonio y de Nicolás, hasta reunirse en el trágico binomio de Antonio Nicolás Briceño, nacido el año 1781, y por muchos denostado con el remoquete de “el Diablo”.

Este nombre, ¡oh, tierna criatura!, fue el escogido por tus padres para señalarte en el mundo cristiano de los hombres. Con él asumes una responsabilidad tremenda. Por él te vendrán, también, enojos y disputas. En cambio, la historia del desafortunado deudo que repites en el cuadro de nuestra abrahámica familia, te ayudará a sentir con orgullo la responsabilidad de la ciudadanía venezolana.

Comenzaré por decirte que Antonio Nicolás Briceño no fue llamado Diablo por su conducta pública. Fué educado él, al igual que sus hermanos, en el Seminario de San Buenaventura, de Mérida, y en la Universidad caraqueña de Santa Rosa de Santa María. Para festejar al Santísimo se representaban en aquella época autos piadosos en los cuales, con ángeles y personajes pecadores y virtuosos, alternaba el propio Satanás. Esas fiestas dramáticas se celebraban en tinglados cerrados y en los propios atrios de los templos. Tanto eran cultas como populares las conmemoraciones eucarísticas. En Yare todavía se representa por el pueblo una danza con Diablos, para festejar el día del *Corpus Domini*. Los Diablos caen rendidos ante la fuerza del Sacramento. Esa es la finalidad educativa de la farsa. En los Seminarios, donde hizo vida de estudiante, Antonio Nicolás tuvo papel de Diablo en los autos *sacramentales*. Para hacer dicha caracterización se requería tener, como Briceño, distinguida talla y

*Briceño-Iragorry, Mario (1956). *Lección y sentido de Antonio Nicolás Briceño*. Zaragoza, España.

presencia imponente. “Su cabeza era bella”, escribe Juan Vicente González. Además de esto, hacer el desagradable oficio del Diablo vencido se miró como acendrado testimonio de devoción eucarística. Era tanto como servir de víctima para el triunfo final del Sacramento. En Antonio Nicolás la devoción eucarística había sido recibida como pan familiar, pues fue su padre, el Abogado don Antonio Nicolás, Protector General de Indios de la Provincia, quien, como Mayordomo en Trujillo de la Cofradía del Santísimo Sacramento, ganó el año 1784 letras del Obispo Fray Juan Ramos de Lora, para establecer en la ciudad el culto de las Cuarenta Horas. Aquí, pues, tuvo origen el sobrenombre con que muchos afean la memoria del fogoso patriota. Hizo el Diablo para servir a la gloria de la Eucaristía. ¡Cuántos hoy, en cambio, utilizan la Eucaristía para dar gloria y prestigio a la causa de Satanás! ...

Nada de violento ni de diabólico entraba en la original estructura anímica de Antonio Nicolás Briceño. Ya abogado, como lo fue su padre ilustre, mudó su viejo solar de la fría Mendoza maternal a las ardientes sabanas de Yare. Una tradición familiar sostiene que fue Antonio Nicolás Briceño quien, en consonancia con el remoquete que le daban sus amigos, organizó la primera cofradía eucarística, que tuvo a su cargo el festejo anual del *Corpus Christi*, con aparato representativo, hasta hoy perpetuado en la devoción alegre y tenaz que da a la región el prestigio de tan encendida página folklórica.

También fue en Yare donde Briceño comenzó a polemizar con Simón Bolívar, entonces señor poderoso de tierras y de esclavos. En las actas del proceso levantado para la determinación del derecho invocado por los litigantes, la calmosa y mesurada posición de Briceño contrasta con la genial violencia del futuro Libertador. Llame ello a asombro, Antonio Nicolás Briceño era hombre de razones. Por su natural severo y persuasivo, se le pedía el consejo oportuno. Componedor de paces, siempre se le miró

en actitud de echar aceite sobre las olas encrespadas de la disputa. Por filosofía y por sentimientos abrazó en edad temprana el partido de la república. El 8 de mayo de 1799 su corazón sufrió un vuelco horrible ante la horca donde fue ajusticiado José María España. Cuando llegó a Caracas noticia de los sucesos de Aranjuez y de Bayona, abrazó la causa de América y animó con su verbo entusiasta las reuniones que precedieron al memorial de noviembre de 1808. No fue condenado en la medida de Casa León, pero se le confinó, con José Ignacio, a las sabanas de Ocumare. Ganados en abril de 1810 los caminos francos de la revolución, Antonio Nicolás Briceño fue elegido por la ciudad de Mérida su representante al primer Congreso de la nación.

No se ha hecho aún el estudio cabal de aquella ejemplar reunión de repúblicos. Se ha dejado decir, en cambio, que la República se hizo a sólo el impulso de los batallones y de las guerrillas, sin hacer cata y cala de que las guerrillas y los batallones se movían hacia la realización de los principios sistematizados por aquellos abnegados ideólogos. Cuando se pongan en relieve las egregias figuras de los próceres insignes, que marcaron los primeros pasos de la nación venezolana, con Miranda, Peñalver, Roscio, Palacio Fajardo y tantos otros densos personajes de nuestro traicionado patriciado civil, la figura de Briceño sobresaldrá como la de uno de los más prudentes, avisados y enérgicos Padres de la Patria.

Como hombre de acusada autoridad en la política eclesiástica, a él se dió encargo de hablar en nombre del Congreso cuando el ilustrísimo señor Arzobispo, Narciso Coll y Prat, juró la independencia. No podía ser más grave ni de mayor trascendencia el hecho. La iglesia, permanente y una en medio del correr y de la variedad de los tiempos, venía a dar su asenso a la flamante República. En la sala del Poder constituyente la presencia del Arzobispo tenía valor bautismal para el sistema que asumía en nombre del pueblo el

ejercicio de una soberanía que los absolutistas consideraban adherida por gracia divina a la persona de Fernando VII. “La religión de nuestros padres –dijo Briceño– es y ha sido siempre la primera en detestar, abominar y condenar el despotismo, la tiranía y la injusta opresión de los pueblos, como que los principios evangélicos no respiran otras ideas, ni establecen otra doctrina que la de la mansedumbre, la justicia y la verdad, capaces ellas solas de hacer al hombre virtuoso y digno del aprecio de sus conciudadanos”.

Así habló Antonio Nicolás Briceño cuando trató de ponderar el sentido que tenía el juramento arzobispal. En todo el discurso se admira el apego a la ley y a la voluntad del pueblo y se ponderan las virtudes del orden y de la justicia. Con elegancia igual, Briceño invocará más tarde la clemencia de los jueces para los primeros condenados a pena capital, en razón de la ocurrencias contrarrevolucionarias de Valencia. La justicia de Venezuela –más o menos, dijo– a imponerse por actos generosos y no por el agresivo terror. No midieron tampoco los políticos del momento la trascendencia del juicio sostenido por Antonio Nicolás Briceño acerca de la necesidad de dividir la gigantesca provincia de Caracas, a fin de que guardase un justo equilibrio con las provincias de Cumaná, Margarita, Barcelona, Trujillo, Barinas y Mérida, y a fin, también, de satisfacer los justos deseos de capitalidad que alentaba la ciudad de Valencia. La mayoría de los diputados caraqueños insistieron en conservar la integridad de la primitiva provincia metropolitana, sin advertir que, si bien la gravedad gubernamental daba a Caracas la primicia, el regular ejercicio de la autoridad reclamaba, como decía Briceño, “que haya más gobierno en lo interior, que conociendo de la política e ilustración de sus habitantes, les haga conocer sus derechos y sostenerlos, sin dejarse representar por hombres que se los usurpen”.

A la hora de la crisis ocurrida después de la capitulación de Maracay y de San Mateo,

Antonio Nicolás Briceño bajó vencido al litoral, para ganar, como Miranda y demás patriotas, los caminos salvadores del mar. En la Guayra se hallaba en pos de nave en que zarpar, cuando los trágicos sucesos de la noche del 30-31 de julio de 1812. ¡Noche fatídica, desgraciada noche en el curso de la historia venezolana! Miranda había llegado precipitadamente para tomar el *Sapphire*, que habría de trasladarlo a Nueva Granada, en busca de Nariño. La Guayra, más que un puerto y una guarnición, era un verdadero infierno aquella noche dantesca. La capitulación que las circunstancias imperantes impusieron al Generalísimo fue recibida de diverso modo por un distinguido grupo de patriotas, entre los cuales figuraba Bolívar, el mismo que pocos días antes se había declarado culpable, en carta para Miranda, de la pérdida de Puerto Cabello.

¿Qué razones movieron a aquellos hombres para que prendieran al abatido Dictador y lo pusieran en manos de la justicia realista? Jamás historiador alguno ha descendido con paso seguro hasta el fondo de la conciencia de aquellos hombres para desentrañar una respuesta precisa, honrada y contundente. El juicio sobre la conducta de Miranda tropieza, por un lado, con la animadversión persistente de quienes lo entregaron y con el odio de los realista que lo vendieron. Tampoco es en la frialdad lógica de una alcoba de estudioso donde se pueden desarticular los hechos para fijar las líneas claras y precisas en que sea encuadrado el caso tremebundo. Quien intente una luz en medio de aquel laberinto satánico de pasiones, de odios, de rencores, de esperanzas frustradas, de miedo reprimido, de ilusiones destruidas, de resentimientos encendidos, de juicios adversos, de razones caldeadas, de venganzas contenidas, de iras desatadas, de celos pugnaces, ha de hundirse momentáneamente en la noche ululante y desesperada de un manicomio sin rector. Pintó Maeterlink la tragedia espantosa de los ciegos que perdieron en medio de la apretada selva al guía generoso. La noche del 30-31

de julio de 1812 en el puerto de La Guayra solamente podría entenderla cabalmente quien haya sido testigo de una rebelión de locos furiosos en medio de las apretadas tinieblas de un manicomio.

¿No llegaron los patriotas heridos por la pérdida de la República a entregar al infeliz Miranda a la feroz justicia del Primer Monteverde? ¿No participaron en la entrega ciudadanos de la calidad de Bolívar, Tomás Montilla, Miguel Carabaño, Paz del Castillo y Juan José Valdez? Fue acaso algo fácil a la lengua pulida del resentido de Miguel Peña el empujar al grupo patriota a la entrega de su jefe rendido? ¿Qué ocurrió en el ánimo entenebrecido de Manuel María de las Casas? Explicaciones dieron a su tiempo los autores, y el propio Bolívar porfió en condenar al viejo Dictador, de mano blanda y corazón de niño. Todos los juicios, a pesar del brillo con que se les ha defendido, se mantienen en el plano de una dialéctica imposible. No hay filosofía capaz de dictaminar a la luz de la razón sobre las circunstancias funestas de aquella noche inenarrable. La única explicación posible tiene sus raíces fuertemente hundidas en el mundo de lo irracional. La sola razón que guarda la clave de aquel espantoso nadir de la República, es la sinrazón de la absoluta locura. ¿Tienen lógica los locos? Pues sólo de los silogismos oscuros que armen sus mentes se puede exprimir la explicación veraz.

Aquella noche funesta. La Guayra no era una plaza militar sino un manicomio abierto. Los hombres no reflexionaban; apenas eran juguetes fáciles de la desesperación sembrada por la caída de la República y por el surgimiento del feroz monteverdismo. Perdidos en la tiniebla de la contradicción, no atinaban a marcar rumbo a su conducta de vencidos. El desastre de Venezuela había provocado un movimiento anárquico en el propio grupo patriota, herido por el desaliento que sembró el terremoto y por la creciente reacción realista. Cuando la capitulación fue firmada, la mayoría influyente de Venezuela había vuelto a la fe realista. La crueldad de

Monteverde fue, en cambio, el mejor aliado que tuvo la idea de la independencia y el apoyo más eficaz que lograron los próceres y el pueblo leal a la libertad. A una causa generalizada, se la buscó origen y motor en sólo la voluntad tambaleante del anciano Dictador. Los hombres heridos por la caída del régimen republicano necesitaban una víctima propicia que ofrecer a sus propios odios. No había razones con que argumentar, pero sobraban encendidas pasiones con que llevar al rojo vivo el fuego de la locura ambiente. Miranda fue visto como el solo culpable, y a Miranda era preciso entregar al verdugo más próximo. Cuando el gran vencido se vió en manos de sus subordinados de la vispera, lanzó la voz profética del “bochinche”, que periódicamente surge en la historia venezolana, como expresión de nuestra carencia colectiva de repsonsabilidad.

La noche de la locura patriota, Antonio Nicolás Briceño estaba también en La Guayra. Don Pedro Gual pudo habernos referido la reacción inmediata de su espíritu atormentado. En él, como en Bolívar, reventó el delirio siniestro de la hora, mas no en forma de venganza inmediata y absurda contra el infeliz Dictador. La suya apuntaba a otro plano. En el momento de la crisis de conciencia que varió el rumbo moral de los confundidos patriotas, Briceño dirigió hacia contrario sitio la reacción de su temperamento enloquecido por lso sucesos fatales.

Dulce, amable y sensible era el Maximiliano Robespierre de la apacible casa de los Duplay. Sin embargo, la rectitud y la frialdad moral de este enigmático genio no fueron óbice para se convirtiese durante la época roja del Terror en un ser sin sentido de lo monstruoso. Moderado, piadoso, reflexivo, había sido el natural de Briceño. La educación, la cultura, el heredado bienestar económico eran parte a que hasta aquella hora sombría hubiese podido dominar los fieros instintos que duermen en el subconsciente del hombre. La bestia que merodeaba en el territorio de las bajas pasiones, recibía la

luz de las ideas superiores; pero en la noche sombría del desplazamiento del eje moral de la sociedad patriota, Briceño fue víctima de un furor que relajó para siempre los resortes de su personalidad antigua. Para lo sucesivo, en su horizonte no hubo ya sino una ofuscante visión de sangre. Su atmósfera, apenas alumbrada a la hora de la muerte, estuvo desde entonces impregnada de ígneos vapores diabólicos. Lo que se había producido como festivo recuerdo de su participación piadosa en los autos sacramentales del Seminario, reapareció con un sentido funesto de realidad.

El Diablo no se arrojará ya vencido a los pies del Ángel victorioso. El Diablo, como en los pactos medievales, escribirá con sangre de las víctimas el prólogo sombrío de la guerra a muerte.

A Curazao llega luego fulminando dictérios y amenazas terribles contra el régimen español. De Curazao sigue a Cartagena y emprende una lucha sanguinaria y feliz, que luego le da título para penetrar en Venezuela antes que Bolívar. Se alió con un grupo de aventureros franceses, en quienes repercutían las voces siniestras del Terror. El Evangelio de Cristo lo había sustituido Antonio Nicolás Briceño por un antievanglio cuyo módulo era el aniquilamiento de la raza española. El fiero ancestro había surgido en el patriota enloquecido. La guerra será de exterminio absoluto, como la que animaba el brazo de sus abuelos Bergundios y Briceños cuando la reconquista cristiana de la Península. Para ganar títulos no se requerirá el laurel de la victoria honrosa, sino el mayor o menor número de cabezas de españoles que hayan sido echadas al suelo. Para dar tintura terrífica a sus mensajes, los encabeza con pluma cebada en la tibia sangre de las víctimas. El hombre de la reflexión cedió por completo su dominio a la bestia sanguinaria. Sobre el hombre racional se impuso el hombre del pecado con todas sus vivencias salvajes. Antonio Nicolás Briceño había perdido el juicio y obraba bajo la acción de las Furias enloquecidas.

Pero, ese hombre ensangrentado y lleno de sombras, fue conducido a extremo tan terrible por el aliento de una pasión nobilísima. Más allá de su locura estaba Venezuela. Más allá de su delirio estaba la República destruída. A él no lo empujaba la codicia, como apasionadamente dice Salvador de Madariaga. Hubiera querido lucrar con la fortuna y habría inclinado como tantos la cabeza ante el monte verdismo triunfador y se habría ido a trabajar las cálidas tierras de Ocumare o los ricos cafetales de Mendoza. A él lo impulsaban un dolor y una esperanza, que fatalmente perdieron para el éxito la rosa de los vientos. A flor de realidad apareció en su vida el sentido de la irresponsabilidad ante el dolor humano que promueven las cruzadas. La suya era por la libertad y la justicia, como había sido por la fe de Cristo la cruzada que llevó al gran Cisneros a entonar en Orán el *Tedeum* sobre una pirámide de cadáveres de moros. “Cuando sacó la esencia de la guerra es la violencia y que la moderación en la lucha es imbecilidad”, habrá escrito de él el célebre Macaulay. Carente de poder reflexivo para dar método a la propia acción, el patriota desafortunado caminó, sin mirar atrás, el resbaladizo camino de la crueldad y del terror. En su precipitada andanza se creía impulsado por los númenes sagrados de la Patria. Como los personajes de la tragedia antigua, él escuchaba la palabra tenaz de muertos que clamaban la justicia salvaje de la venganza. Venezuela en aquella época siniestra era para él apenas una sombra ensangrentada, que pedía a voces desesperadas el castigo de sus verdugos implacables.

Los historiadores, cuando juzgan a Antonio Nicolás Briceño se sitúan en el plano de jueces achacosos, empeñados en agregar cargos a la causa del procesado. Buscan las normas finas de la moral y las leyes austeras de la justicia para enjuiciar la conducta de un patriota enloquecido. Nadie puede jamás alabar los crímenes de la guerra a muerte, pero nadie puede negar, tampoco, la realidad espantosa que trastornó el juicio de serenos, pacíficos, honorables patriotas. En estos

mismos días hemos visto el caso doloroso de un rectilíneo juez que enloqueció hasta el suicidio por haberse creído en falta con la justicia. Si no el suicidio, en cambio sí la causa de la locura es en este caso digna de admiración y de respeto. No puede exaltarse la cruel conducta de Antonio Nicolás Briceño, empero es digna de permanente loa la pasión patriótica, que le hizo sentir, hasta punto de locura, el dolor y la desgracia de la Patria.

Por Venezuela murió Antonio Nicolás Briceño bajo el fuego del pelotón que ejecutó la sentencia contra él proferida en Barinas por las autoridades de Tiscar. Murió como héroe y como cristiano. Arrodillado, pidió perdón por sus faltas y excusó a sus compañeros de sangrienta aventura. No le faltó valor en el último instante de su vida tormentosa para explicar la propia crueldad que había teñido sus días finales. Iluminado por la cercanía de la muerte, habló en cuerdo, como Don Quijote moribundo, y buscó para su conducta paralelo que la justificase en la propia Historia Sagrada. “Dios, para dar patria al pueblo escogido, mandóle que pasara a acuchillo a todos los de la tierra de Canaán. He consagrado mi vida a mi Patria y en aras de ella la sacrifico. Yo me siento feliz. Voy a morir, pero mi muerte dará vida a la más bella y querida de la madres”. Así explicó entre luces su conducta el ardoroso patriota, cuya hora en que se hizo noche sobre la naciente República.

El mismo día de la muerte de Briceño -15 de Junio de 1813-, proclama Bolívar en Trujillo la guerra sin cuartel, como sistema contra la opresión realista. El destino de la República iba a ser la sangre y el terror. ¿De dónde salió la primera palabra?... Aún no se ponen de acuerdo los peninsulares y los patriotas de América cuando tratan de situar el punto de partida de las voces mortíferas. Sin embargo, el dulce Regente Heredia, desde el bando español, calificaba ya el propio año 10 como imprudente a la política de la Regencia. De una y otra parte hubo crueldad. En uno y otro bando más pesaban las pasiones que los argumentos reflexivos.

A los americanos nos beneficia, empero, la justicia que asiste a quienes buscan independencia y libertad. Entre los patriotas, también, se olvida la dureza de medidas tomadas friamente por próceres egregios, para sólo acumular criterios sobre la relampagueante y fugaz memoria de Antonio Nicolás Briceño. De su anterior conducta no se recuerda la moderación, ni la prudencia, ni el culto a la virtud, para apenas mirar al familiar remoquete de Diablo. Quien desconozca la vida de Briceño, toma como puente para la fácil interpretación el fulminante apodo y hace de su primera y segunda conducta una unidad fatídica, que conjugaría el presunto sanatismo antiguo con el diabólico talante del verdugo de españoles. A mejores luces, el juicio sobre Antonio Nicolás Briceño obliga a la desarticulación provocada por los lamentables sucesos de la noche infernal del 30-31 de julio de 1812. De la Guayra se ausentó dentro de la estrujada humanidad de Briceño, un nuevo hombre, mal forjado en el crisol ardoroso de la locura, que hizo presa en el alma de los patriotas caídos bajo la ley del primer Monteverde.

Como en los misterios délficos, la locura de Antonio Nicolás Briceño tenía un punto de luminosidad sagrada. Fue el hombre que enloqueció ante la desgracia de la Patria. Fue el jurista que rompió la tabla de los viejos valores para ejercer la bárbara justicia de la horda primitiva. Fue el cristiano que olvidó la ley de caridad para seguir las normas implacables del Talión. Su amor por Venezuela llevó a sacrificar su propia templanza en el altar de un pavoroso sacrificio. Rojas se le miran las manos, roja se pinta su figura, pero, como la de Hamlet, era la suya pasión encaminada a cumplir un deber erróneamente configurado por su falta de cordura. No se alabe en él el crimen; pondérese, en cambio, el tono de la pasión patriótica que le llevó hasta enloquecer cuando miró el cuadro de la Patria destrozada.

Sobre tu diminuta persona, ¡oh, mi nieto bienvenido!, luce al propio un nombre

que te servirá de estímulo seguro para amar a Venezuela. Ese es el balance positivo de la vida del primer Antonio Nicolás Briceño. Tú, borra del nombre la carga de crueldad y toma sólo el impulso de sacrificio que le va adherido por esencia. Enemigo y víctima del monteverdismo, que siempre ha amenazado a la República, Antonio Nicolás Briceño alumbró nuestra historia nacional como testimonio de una dedicación total a la causa de la libertad y como ejemplo del patriota que hace suya hasta perder el juicio la desgracia del país. Ese signo noble ha sido invocado como numen para tu vida de hombre.

Viejo de ochenta años, cuando por pasiones políticas las turbas impedían el desembarco en Puerto Cabello de una joven dama, Antonio Nicolás Briceño, resobriño de “el Diablo”, mirado por todos los Briceños como flor gallarda de la estirpe, se abrió serenamente paso, subió la escalerilla de la nave y regresó de nuevo a tierra, dando su brazo de anciano a la joven amenazada. El espectáculo del viejo convertido en escudo de la dama en peligro, impresionó a la masa arisca, hasta el punto de hacerla vitorear al cumplido caballero.

“Lo hice a ley de Briceño”, comentaba el anciano de alegre mundo. Sabía él que una historia decorosa dábale ribetes de señorío por donde compensaba la terca pobreza. Con saberse digno hijo de abanderado de Carabobo, tenía para compensar las fallas de la vida diaria. El, a la abundancia, prefería la altivez. El cargo cómodo lo pospuso a la modesta posición sin peligrosos compromisos. Vivió a ley de caballero, como la gente de su raza.

Seamos así motejados de pueril romanticismo quienes constantemente miramos a la Historia para extraer de ella ejemplos tónicos, toma tú la lección antigua de quienes llegaron a enloquecer ante el dolor de la República y de quienes, ya ancianos, desafiaron peligros para dar el apoyo de su brazo a una dama perseguida. También la Patria es mujer, que si en función de madre

nos da vida, en función de dama reclama de nosotros culto altísimo, como el rendido a Dulcinea por el maravilloso loco de la Mancha. Olvida, ¡oh, flamante Antonio Nicolás Briceño!, el rojo ribete que la locura puso a la memoria del viejo y desgraciado deudo. Sirve mañana tú a la Patria, en cambio, con su misma pasión y con su mismo arrojo, en toda hora desvestidos del odio y la violencia que erráronle las vías. Para servirla, educa tus sentimientos a la suave luz de la ley de Cristo y afínca en ella el gobierno de ti mismo. Vigoroso, altivo, resuelto y reflexivo en la conducta, mantente así para poder ofrecerle, hasta que seas anciano, brazo fuerte y mente lúcida, que la ayuden en sus conflictos y desgracias...

Madrid y agosto 23 de 1956.